

Hacer como si nada hasta producir nada

BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia



Hacer como si nada hasta producir nada

La indiferencia ante la matanza en masa fue novedad de la historia del siglo xx. Una tríada de “como si”, plenos de consecuencias, la especifican: “como si no viera”, “como si no escuchara”, “como si no existiera”... De allí, emerge una sentencia inapelable, “¡No eres nada!”, cuya figura queda realizada en el “musulmán” de los campos de concentración. Atendiendo a algunos inquietantes testimonios, trataré de trazar las coordenadas, tanto subjetivas como discursivas, que especifican esta sombría novedad de nuestra época.

Palabras clave: campo de concentración, desubjetivación, indiferencia, nada.

Faire comme si de rien n'était jusqu'à rien produire

L'indifférence face aux tueries massives en est la nouveauté de l'histoire du xxème. Trois «come si» pleins de conséquences font sa spécificité: «comme si on ne voyait pas», «comme si on n'entendait pas», «comme si on n'existait pas»... Une sentence sans appel en émerge: «Tu n'est rien», réalisée sous la figure du «musulman» des camps de concentration. M'attardant sur quelques témoignages inquiétants j'essaierai de tracer les coordonnées, autant subjectives que discursives, qui spécifient cette sombre nouveauté de notre époque.

Mots-clés: camps de concentration, désubjectivation, indifférence, rien.

Pretending Nothing Has Happened until Nothingness is Produced

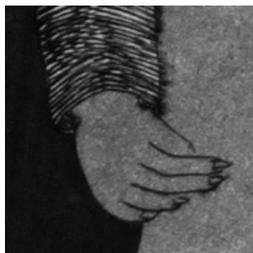
Indifference to massacre is the discovery of the history of the 20th century. A triad of “as ifs”, full of consequences, specifies that indifference: “as if one does not see”, “as if one does not hear”, “as if one does not exist”... This gives rise to an irrefutable judgment, “You are nothing!” which materializes in the “musselman” of the concentration camps. On the basis of some disturbing testimonies, the article outlines some of the subjective and discursive aspects that characterize this dark reality of our time.

Keywords: concentration camp, de-subjectivization, indifference, nothingness.

CÓMO CITAR: Moreno Cardozo, Belén del Rocío. “Hacer como si nada hasta producir nada”. *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 35-57, doi: djf.v14n14.46110.

* e-mail: bdmorenoc@unal.edu.co

© Ilustraciones: Antonio Samudio



¿DOS INVENTOS?

A finales del siglo pasado, en medio de los balances respecto de las innovaciones que se produjeron en el transcurso de la centuria, desde distintas esquinas y con los más diversos propósitos, se construyeron cuidadosos listados de los personajes, obras, avances tecnológicos, descubrimientos e invenciones que habrían dejado su marca indeleble. En una vía semejante, pero alentado por un propósito distinto al de la celebración y el encomio de las maravillas de la industria humana, Gérard Wajcman singularizó el objeto del siglo¹, yendo más allá de los artilugios de la propaganda que habrían designado al cohete, al televisor o a la penicilina, como las maravillas del mundo moderno. Haciendo referencia a Jean-Luc Godard, quien también estaba interesado en distinguir la novedad entonces advenida, recordó que el cineasta pensaba que el gran invento del siglo era la matanza en masa². A lo que el psicoanalista enseguida objetó que, desde tiempos remotos, esa es una práctica de la humanidad, aunque antes no hubiera alcanzado las proporciones mayúsculas de las carnicerías ocurridas durante el siglo xx. Avanzando en su elección, y después de probar y abandonar distintos caminos de pensamiento, Wajcman concluye que el gran invento del siglo pasado fue el “crimen perfecto”, aquel que no deja rastro, tal como lo concibieron los nazis una vez echaron a andar la llamada “solución final”. En efecto, la sistemática destrucción de archivos, documentos y toda clase de huellas hace suponer que se trataba de eliminar no solo al pueblo judío, sino que además era preciso destruir los rastros mismos del acto criminal. Las agudas observaciones de Wajcman recorren luego las incidencias de semejante invento en el campo de las artes visuales; en particular, el autor se refiere —por razones de estructura— al registro, diríamos en *hueco*, que tal invento dejó en la escultura y en la pintura. No me ocuparé de ello en las elaboraciones que siguen, sino de la otra novedad que, a mi juicio, acompañó el macabro invento del siglo xx: la indiferencia. ¿Cómo podía ocurrir que las matanzas se sucedieran a escala industrial y los vecinos de los campos de concentración no se dieran por enterados? ¿Cómo su cotidianidad avanzaba en medio de la apacible regularidad de sus rutinas mientras a su lado se practicaban ejecuciones al ritmo raudo de las

1. Gérard Wajcman, *El objeto del siglo* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2001).

2. Gérard Wajcman, *Lacan: el escrito, la imagen* (México: Siglo XXI Editores, 2001), 45.

fábricas? ¿Cómo prisioneros-próximos-muertos y ciudadanos habitaban un espacio conexo, pero infinitamente distante?

Así que el invento del siglo tuvo su innovación (a)social correlativa, pues a la perfección del crimen le correspondió la potencia de esa connivencia, soterrada o explícita, llamada indiferencia. Esta inquietante sincronía de novedades ha sido señalada por el escritor húngaro Imre Kertész, quien atravesó por los dos totalitarismos erigidos en el siglo xx, designados por él mismo según el estandarte que ostentaban: el totalitarismo de la cruz gamada y el totalitarismo de la hoz y el martillo. En *Un instante de silencio ante el paredón*, el nobel de literatura (2002) propuso la hipótesis de que estos acontecimientos habrían provocado una transformación radical en la actitud humana —una mutación, podríamos decir— que marcaba un cambio de época, con lo cual el tiempo anterior se tornaba irrecuperable. Este cambio consistió en una modificación de la actitud ante la vida: del asombro ante la existencia se pasó al asesinato, pero este concebido no como mal hábito, exceso o “caso”, sino como actitud “normal” ante la vida de los otros. De nuevo, vemos aparecer en la pluma de Kertész la misma objeción recién mencionada a tal afirmación, pues el exterminio, como se sabe, no es un invento moderno, a lo que muy pronto el escritor agrega ese correlato de sosegada indiferencia que distingue, ahora sí, la gran primicia:

Podría objetarse que el exterminio de seres humanos no es precisamente un invento moderno; pero la eliminación continua de seres humanos practicada durante años y décadas de forma sistemática y convertida así en sistema mientras transcurren a su lado la vida normal y cotidiana, la educación de los hijos, los paseos amorosos, la hora con el médico, las ambiciones profesionales y otros deseos, los anhelos civiles, las melancolías crepusculares, el crecimiento, los éxitos o los fracasos, etc.; esto sumado al hecho de habituarse a la situación, de acostumbrarse al miedo, junto con la resignación, la indiferencia y hasta el aburrimiento es un invento, es un invento nuevo e incluso reciente. Lo nuevo en él es, para ser concreto: está aceptado.³

LA TRIÁDA PROCEDIMENTAL

¿Qué es esta rara innovación, acompañante forzosa, de la novedad del siglo? “¿Qué es la indiferencia?” —con lo que evoco por anticipado el nombre de un discurso al que más adelante me referiré—. En principio, la indiferencia se nos muestra dotada de una contundente potencia de anulación del otro, puesto que los acontecimientos del prójimo —que no próximo, como lo enseña la etimología— son simplemente omitidos; una firme voluntad de ignorancia los mantiene en una suerte de limbo deshabitado y

3. Imre Kertész, *Un instante de silencio en el paredón. El holocausto como cultura* (Barcelona: Herder, 2002), 41-42.

desafectado: “¡Eso no me interesa!”, “¡Ese no es asunto mío!”, “Problema de ellos”... Según veremos, los tajantes juicios van a desplegarse inicialmente a través de unos cuantos “como sí”, plenos de consecuencias. De modo que allí donde suponíamos que los “como si” eran simples pantomimas sin efectos, resulta que los puede haber letales. Para esbozar esta idea voy a servirme de una breve viñeta supuesta por Laurence Bataille destinada a explicar lo que es la agencia del discurso: alguien se está ahogando y da voces pidiendo ayuda, con sus gritos echa un lazo al que pasa por la orilla, quien “no podrá evitar el haberlo escuchado”⁴. Puede ocurrir, sin embargo, que el interpelado se sustraiga del vínculo al no responder al llamado. ¿Qué sucede entonces en esta situación? El inerte echó el lazo, pidió ayuda, pero el interpelado lo recusó, pues hizo como si no escuchara, a pesar de que lo había hecho. A partir de esta miniatura supuesta, podríamos conjeturar que los “motivos” de la episódica y selectiva sordera del interpelado pueden ser de lo más diversos: iba de afán; pensó que se trataba de un animal; creyó que era mejor evitar meterse en problemas; temió echarse al agua, ya que podía terminar también ahogado; calculó que ese deceso reeditaría notablemente para sus negocios; supo quién se estaba ahogando y pensó que era su justo castigo... Por lo pronto, no me ocuparé de las justificaciones y motivos que, según notamos, a estas alturas ya podríamos llamar “móviles”; lo que me interesa es el “como si” que tuvo esta primera manifestación: “como si no escuchara”.

Primo Levi, en el prefacio a *Los hundidos y los salvados*, se refiere a uno de los sueños más recurrentes y dolorosos de los prisioneros, que luego fueron narrados por ellos en sus escritos o contados de viva voz; con diversas versiones, el sueño, casi pesadilla, era el mismo:

Haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos, *ni siquiera escuchados*. En la variante más típica (y más cruel), el interlocutor se daba vuelta y se alejaba en silencio [...] ⁵

El destinatario hacía como si no escuchara, lo cual causaba un enorme sufrimiento a quien estaba urgido por la necesidad de contar.

Enseguida, nos topamos con otro “como si” de tenor semejante: hizo “como si” no hubiera visto. Esto último fue lo que ocurrió con Osip Mandelstam y su esposa Nadiezhda, una vez que el régimen estalinista dio la orden de deportación. En el transcurso del viaje, los Mandelstam advirtieron la singular actitud de la gente con que se topaban en las estaciones: nadie se volvía a ver a esa pareja custodiada por tres soldados, a pesar de que se trataba de un cuadro bastante llamativo. Si ello ocurría por error, esto es, por la simple disposición espacial de los cuerpos, de inmediato, el fulgor se desvanecía, pues todos apartaban la vista. En *Contra toda esperanza*,

4. Laurence Bataille, *El ombligo del sueño. De una práctica del psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós, 1988), 85.

5. Primo Levi, “Los hundidos y los salvados”, en *Trilogía de Auschwitz* (Barcelona: Océano, 2011), 476. La cursiva es mía.

Nadieżhda se pregunta si acaso los habitantes de los Urales ya estaban acostumbrados a tal espectáculo:

La indiferencia de la gente dolía y atormentaba a Mandelstam: “Antes daban limosna a los presos y ahora ni siquiera los miran”. Me susurraba al oído, con espanto, que ante los ojos de semejante muchedumbre podían hacer cualquier cosa al preso: matarlo, despedazarlo, sin que nadie se inmutase, sin que nadie interviniese. Los espectadores se limitarían a volverse de espaldas, para evitar un espectáculo desagradable. Durante el viaje me esforcé por captar una mirada, pero no lo conseguí.⁶

Esta actitud podía fácilmente acompañarse con una sentencia que justificara el procedimiento de las autoridades: “[...] si [...] los deportan, por algo será y yo no tengo nada qué ver en ello”⁷. En efecto, si no se tiene nada que ver con aquel que apresan, entonces ese no es en absoluto semejante sino que hace parte de los otros, es disímil, y su cercanía puede resultar peligrosa, incluso contagiosa, al punto de que efectivamente no se tiene nada que ver, no solo *en ello*, sino *en él*.

Estos dos procedimientos de desenganche, que implican hacer como si no se escuchara, hacer como si no se viera, anuncian otro “como si”, acaso, aquel que los antecede y sustenta: hacer como si el otro no existiera, lo cual habrá de determinar a su vez que a ese no hay que dirigirse, no hay que hablarle, ni hablar de él... He aquí la tríada procedimental de la indiferencia que descoyunta de tajo el lazo con el semejante, quien se convierte a partir de entonces en desemejante. Notamos que esta tríada no es trinitaria, al modo de tres para crear uno, sino de tres para borrar a uno.

En *Si esto es un hombre*, Primo Levi habla de cómo los ciudadanos alemanes defendían su ignorancia sobre los crímenes de los que sí sabían, y de paso justificaban su adhesión al nazismo “*cerrando el pico, los ojos, las orejas*”⁸. En *La tregua* vuelve a referirse a la actitud de los alemanes ante los sobrevivientes, una vez había tenido lugar la liberación. Narra entonces el arribo de los sobrevivientes a Munich, quienes llegaban afectados por un estado de ánimo complejo, mezcla de impaciencia, frustración y tensión. Venían con la urgencia de contar, explicar, exigir, preguntar, pero nadie los miraba a los ojos, nadie aceptaba el desafío: “*eran sordos, ciegos y mudos, pertrechados en sus ruinas como en un reducto de voluntaria ignorancia, todavía fuertes, todavía capaces de odio y de desprecio, prisioneros todavía del viejo complejo de soberbia y de culpa*”⁹. Asunto que vuelve en *Los hundidos y los salvados*, con más fuerza y de manera más incisiva. Primo Levi dice entonces que cuando, en 1959, se enteró de que Fischer Bücheri, editor alemán, había comprado los derechos para publicar *Si esto es un hombre*, tuvo la certidumbre de que su testimonio apuntaba finalmente a los verdaderos destinatarios: “*de dominadores o espectadores indiferentes, iba a obligarles,*

6. Nadieżhda Mandelstam, *Contra toda esperanza. Memorias* (Barcelona: Acantilado, 2012), 98.

7. *Ibíd.*

8. Primo Levi, “Si esto es un hombre”, en *Trilogía de Auschwitz* (Barcelona: Océano, 2011), 221.

9. Primo Levi, “La tregua”, en *Trilogía de Auschwitz* (Barcelona: Océano, 2011), 467. La cursiva es mía.

a sujetarlos ante un espejo. Había llegado el momento de echar cuentas, de poner las cartas boca arriba”¹⁰. Apuntaba ahora, con su libro como un arma cargada, al pueblo que con su silencio había consentido los horrores de los campos, que no había tenido el coraje “de mirarnos a los ojos, de arrojarnos un pedazo de pan, de murmurar una palabra humana”¹¹. Para finalmente, volver a aislar, con toda contundencia, esa tríada cómplice a la que nos venimos refiriendo: “Casi todos, aunque no todos, habían sido sordos, ciegos y mudos: una masa de ‘inválidos’, en torno a un núcleo de fieras”¹².

La masa innúmera de indiferentes dimitió de su lugar probable y, al tiempo, fraguó su complicidad en el crimen, a pesar de exhibir la superficie lisa de su ignorancia, supuesta justificación de una inocencia que solo lo sería de pose. Se trata en ello de una connivencia social que enlista a la masa en una operación perversa de desmentida; de allí que una de las cuestiones fundamentales sea discernir el tratamiento del saber que está en juego: ¿Sabían los ciudadanos alemanes que en sus vecindades se cometían crímenes? ¿No lo sabían? ¿Hasta dónde sabían? ¿No querían saber? o, peor aún, ¿querían no saber? Eugen Kogon, autor del libro *Der SS Staat (El Estado de las SS)*, dice que:

Pocos eran los alemanes que no tenían un pariente o un conocido en un campo, o que al menos no supiesen que tal o cual persona había sido enviada allá. Todos los alemanes eran testigos de la multiforme barbarie antisemita: millones de ellos habían presenciado, con indiferencia o con curiosidad, con desdén o quizá con maligna alegría, el incendio de las sinagogas o la humillación de los judíos obligados a arrodillarse en el fango de la calle. Muchos habían sabido algo por las radios extranjeras, y muchos habían estado en contacto, con prisioneros que trabajaban por fuera de los campos. No pocos alemanes habían encontrado [...] filas miserables de detenidos [...]”¹³

El listado de quienes sabían, pero querían no saber, continúa. Lo que deja claro el preciso resumen del ex prisionero de Buchenwald es el carácter abarcador de la ignorancia que se pretendía sostener. El ciudadano corriente de la Alemania nazi aprendió así la urbanidad propia del Estado totalitario, que consistía en unas cuantas operaciones para sostener la desmentida del saber: “quien sabía no hablaba, quien no sabía no preguntaba, quien preguntaba no obtenía respuesta”¹⁴.

10. Levi, “Los hundidos y lo salvados”, en *Trilogía de Auschwitz*, 618.

11. *Ibíd.*, La cursiva es mía.

12. *Ibíd.*, 619. La cursiva es mía.

13. Levi, “Si esto es un hombre”, en *Trilogía de Auschwitz*, 220.

14. *Ibíd.*, 221.

LA CARA DE LA MÁSCARA

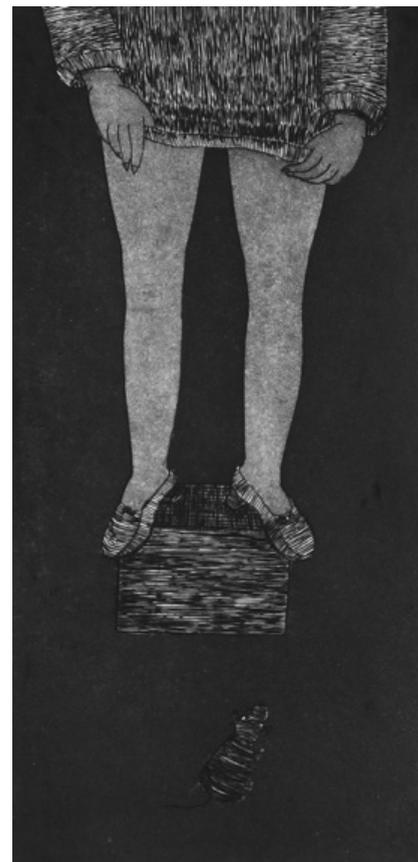
Podemos ahora reconsiderar el recorrido hasta acá transitado, pues en el trayecto notamos que, en ocasiones, la indiferencia puede ser más bien la máscara tras la cual se agitan potentes afectos e intereses: el miedo de ser visto en un gesto condenable por los detentores del poder, pues una proximidad demasiado evidente podría

conducir al mismo “funesto destino”; la connivencia, abierta o soterrada, con quien persigue y asesina, ya sea por credo ideológico o religioso, por lucro económico o por la combinación de estos fuertes motivos. Dicho de otra manera, los “como si” de la indiferencia, con todo y su eficacia mortífera, pueden ser pantalla, semblante desapasionado, de las ambiciones que en verdad gobiernan.

Nos preguntamos enseguida si acaso habrá alguna condición en que la indiferencia no se derive de tales determinaciones, si existe algún modo en el que sea posible singularizarla, en cuanto causada de otra manera. Volvamos a los testimonios, para tratar de cernir algo de ese núcleo duro, sin máscara, de la indiferencia. Dice Levi que para el momento en que comenzaron a difundirse las noticias sobre el exterminio nazi, la dimensión de las matanzas, los extremos de crueldad alcanzados, la complejidad de los motivos, la gente tendía a rechazarlas, por su misma enormidad. De modo que ante el exceso insoportable se respondió con la *increencia*, para no ser arrastrado en el mismo torbellino, cuya fuerza de perturbación era transmitida, en principio, por el arraigo en lo real que tenía el testimonio. En este punto, evoca a Simon Wiesenthal, quien recordaba, junto con otros sobrevivientes, las palabras con que se divertía ironizando un oficial de las ss:

De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no le creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros.¹⁵

Así, en este nuevo giro sobre la cuestión de la indiferencia, podríamos conjeturar que en ocasiones esta responde, con la mediación de la *increencia*, al exceso de un real avasallador que irrumpe. Las expresiones con que se rechazan los relatos de acontecimientos, que por su misma condición serían más bien inenarrables —“¡Eso no puede ser!”, “¡Increíble!”, “¡Imposible!” “¡Qué horror!”—, anuncian el riesgo de la exclusión de los testimonios de la trama de los pensamientos y del campo del saber de quien escucha, e inerme intenta defenderse haciendo *como si* no lo hiciera: “¡Eso es inconcebible, es demasiado horrible para ser pensado!”. Un hueco en el tejido de los pensamientos, una laguna psíquica, que aunque no es del mismo orden que la agitación interesada que solo afecta la indiferencia, termina arribando, por un distinto camino, a la misma tríada procedimental a la que me he referido.



15. *Ibíd.*, 475.

Con el propósito de situar alguna orientación teórica para cernir cuál es el núcleo duro de esta manifestación de la indiferencia, conviene considerar las elaboraciones de Freud, en el “Manuscrito κ”, fechado el 1 de enero de 1896. El psicoanalista plantea que en la génesis de la histeria hay que contar con un avasallamiento del yo que acarreó una elevación de la tensión psíquica, en razón de una vivencia displacentera. En tales circunstancias, el exceso de excitación no pudo ser contradicho por el yo, ni este se encontraba en condiciones para crear un síntoma psíquico; se vio entonces obligado a consentir en la descarga exteriorizada con una expresión hiperintensa de la excitación. Enseguida Freud pasa a precisar el punto de inicio del padecimiento: “Se puede definir el primer estadio como histeria de terror; su síntoma primario es la exteriorización de *terror con lagunas psíquicas*”¹⁶. De esta referencia, quiero subrayar, más que la cuestión diagnóstica, la relación entre *el avasallamiento del yo*, y *el terror* y *la laguna* psíquica que son sus efectos. Dicho de otra manera: el exceso real produce una desarticulación a nivel de las funciones de unificación del yo, al tiempo que rompe la pantalla produciendo un desgarrón en el tejido de las representaciones. ¿No ocurre algo semejante con los acontecimientos de la *Shoah*, dado que no se dejan historizar? Un hueco en el corazón de la historia del siglo XX, pues el horror de los campos, como se ha dicho, escapa a la lógica de la guerra¹⁷. Al respecto, la persistencia de la laguna opera en dos sentidos contrarios: tanto detiene el pensamiento como lo solicita. Donde lo detiene, la abolición puede terminar en anonadamiento de quien fue afectado por el horror del testimonio y en la consecuente anulación del testigo; donde lo solicita, aunque lo conduce a hacer la prueba de la impotencia de su pensamiento, también le permitirá crear una fisura en una sentencia desubjetivante.

“¡NO ERES NADA!”

El afecto inmediato para quien queda desalojado del vínculo, como es testimoniado ampliamente, es el dolor. Más arriba evocábamos el tormento que esa indiferencia causaba al poeta Mandelstam. Ese dolor fue antecedido, en el instante de la borradura de que fue objeto, por un efecto de asombro, de estupor; no se trataba entonces de la conmoción angustiada de verse como presa para los indiferentes... Ellos habrán de ocupar otro lugar. Era estupor por verse como *nada* en los ojos de sus semejantes. Como si el dolor acusado no fuese otro que el provocado por esta sentencia inapelable proferida desde la letal trinidad de los “como si”: “¡Eres nada!”, o para decirlo con el expletivo que acentúa su carácter de sentencia: “¡No eres nada!”. He aquí de qué manera “hacer como si no...” cobra su afilada eficacia. Así, este triple proceder en

16. Sigmund Freud, “Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad)” (1896), en *Obras completas*, vol. I (Amorrortu: Buenos Aires, 2001), 268-269. La cursiva es mía.

17. Wajcman, *Lacan: el escrito, la imagen*, 58-59.

negativo termina por convertirse en la vía regia para producir efectivamente *nada*, esto es, la desaparición de aquel que ha sido dejado caer del lazo con el otro. Como era nada, o no era nada, no hay tumba ni memoria de su nombre, solo fosa o cenizas al viento... Y, aquí también, río...

El dolor de existir, que todo humano padece en mayor o menor medida, está determinado por la borradura significativa que lo constituye como sujeto, mero agujero en el campo del Otro donde habrá de constatar su inexistencia. Tal *inexistencia*, en circunstancias como las referidas, ha sido rebajada a la brutalidad real del *exterminio*.

A este dolor engendrado por la indiferencia también se refiere Elie Wiesel, quien siendo un jovencito, fue primero deportado a Auschwitz y, después de la llegada de las tropas rusas a la frontera con Polonia, fue rápidamente enviado en tren a Buchenwald; entonces, toda su familia fue aniquilada. En el discurso “¿Qué es la indiferencia?”, habla de ese dolor al que nos estamos refiriendo: “La indiferencia no es un principio, es un final. Y, por tanto, la indiferencia es siempre amiga del enemigo, beneficia al agresor, nunca a su víctima, cuyo dolor se magnifica cuando él o ella se siente olvidado”¹⁸. Después de situar el lugar del tercero indiferente como cómplice del perpetrador, Wiesel acude a su tradición para darle a ese tercero también los nombres de “humanidad” y de “Dios”:

Enraizados en nuestra tradición, algunos de nosotros nos sentimos abandonados por la humanidad. Sentimos que ser abandonados por Dios era peor que ser castigado por él. Era mejor un dios injusto que uno indiferente. Para nosotros ser ignorados por Dios era un castigo más doloroso que ser una víctima de su cólera. El hombre puede vivir lejos de Dios, no fuera de Dios.¹⁹

La preferencia por el dios injusto —que entonces no lo hubo, pues ese Otro dimitió— concierne al lugar que desde tal alteridad se le depara a quien queda a su merced, pues allí todavía persiste siendo algo. En cambio, ser olvidados por Dios o por la humanidad tenía consecuencias por entero distintas: un retiro que se traducía en la desaparición de aquel que había sido soltado, abandonado, dejado caer...

Uno de los recuerdos más dolorosos para los sobrevivientes de los campos es no haber prestado auxilio a sus compañeros de confinamiento cuando eran requeridos con sus pedidos de ayuda, pues no quedaban fuerzas para hacerlo. La omisión de socorro quedó grabada en ellos como un recuerdo atormentador por la culpa que generaba. Los actos sencillos de escuchar y dirigir alguna palabra quedaban imposibilitados para quien recibía el pedido, pues él tampoco estaba en condiciones de orientar su atención a otra cosa que no fuera olisquear a ras de suelo para sostener su propia *sobrevivencia*, que no su *existencia*.

18. Elie Wiesel, “¿Qué es la indiferencia?”, en *Los discursos del poder* (Barcelona: Belacqva de Ediciones y publicaciones S. L., 2003), 236.

19. *Ibíd.*, 235.

Pocos sobrevivientes se sienten culpables de haber perjudicado, robado o golpeado deliberadamente a un compañero: quien lo ha hecho rechaza el recuerdo; por el contrario, casi todos se sienten culpables de omisión en el socorro. La presencia a tu lado de un compañero más débil, o *más indefenso*, o más viejo, o demasiado joven, que te obsesiona con sus *peticiones de ayuda*, o con su simple “estar”, que ya en sí es una súplica, es una constante en la vida del *Lager*. La necesidad de solidaridad, de una voz humana, de un consejo, incluso solo de alguien que escuchase, era permanente y universal, pero se satisfacía raramente. Faltaba tiempo, espacio, condiciones para las confidencias, paciencia, fuerza; en la mayoría de los casos aquel a quien uno se dirigía estaba también en estado de *necesidad, de apremio*.²⁰

Este contundente testimonio no deja de traer, como en murmullo, la evocación sin memoria de lo que para todo humano fue su ingreso en la existencia: alguien en estado de urgencia, de necesidad, que se dirige a Otro con sus imperiosos pedidos de ayuda. Ese auxiliador, a su vez, tuvo que reconocer en esa figura dolorosa algo de lo que antaño fue su humanidad naciente, para entonces acudir a socorrerlo²¹. Así entramos todos en la existencia humana y en la deuda que se instala desde el punto de partida. Quizá por ello la abdicación del prójimo no deja de relanzar la pregunta por lo que ahora será necesario empezar a contar como extraño haber de esta cosa hablante, pues ya lo extraño no es solo la hostilidad del Otro sino su retirada, siendo esta no mera contingencia sino fenómeno de masas. Para volver al testimonio recién citado, quiero subrayar la disolución de esta pareja inmemorial que inauguró cualquier existencia humana, el Otro auxiliador/el ser indefenso, pues el inerme, en estas condiciones, obtuvo nada de retorno: muchos escucharon y simulaban sordera, otros escucharon y pudieron percibir el grave tenor del pedido, pero estaban al descampado, en absoluto desamparo, destinados, como también se hallaban, a la muerte en las cámaras de gas. De modo que, no la sensación sino la certeza de haber sido olvidados por la humanidad anuncia la aparición de una forma inédita de tragedia: ¡mala nueva! De paso, no puedo dejar de sorprenderme con cierto sintagma que aparece cuando se trata de hablar del olvido de que alguien es objeto: esta acción en negativo suele adoptar la forma “ser olvidado” y no la de “estar olvidado”... Quizá, con ello podamos atisbar el blanco de los efectos acusados. Levi compara el abandono mortal en que se hallaban los prisioneros de los campos con el olvido de los condenados, a quienes dejaban morir, en las *oubliettes* medievales²². Con esta evocación se refiere el autor a unos pequeños recintos subterráneos, emplazados en algunas fortificaciones y castillos franceses, donde se confinaba a los prisioneros, quienes quedaban entonces *olvidados*, padeciendo hambre, sed y frío hasta la muerte. La comparación, que tiene su comunidad

20. Levi, “Los hundidos y los salvados”, en *Trilogía de Auschwitz*, 536. La cursiva es mía.

21. Franck Chaumon, “El grito”, *Détours de la transmission, Essaim. Revue de Psychanalyse* 6 (2000): 66.

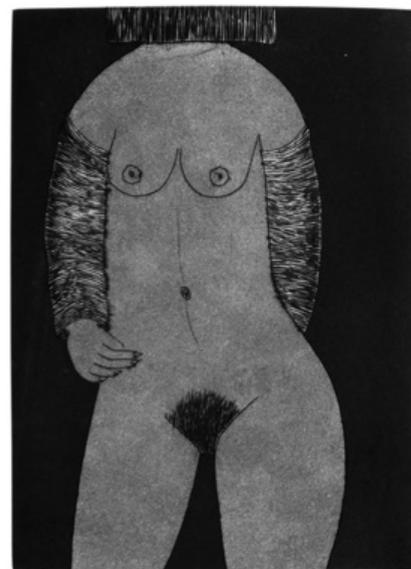
22. Levi, “Los hundidos y los salvados”, en *Trilogía de Auschwitz*, 559.

en el olvido, el encierro y el apremio de las incesantes urgencias corporales, señala también en dirección de la soledad y el aislamiento padecidos.

Quizá por ello, la evidencia de manifestaciones de rechazo devuelve, al menos, un signo contundente de existencia. Así ocurre con Nadiezhda Mandelstam cuando por fin recibe una nota de rechazo de una editorial a la que había enviado unos poemas de Osip: la negativa recibida, redactada con unas frases de oficio, para descartar su petición, se le figuraba a la pareja como una buena señal, pues hacía signo manifiesto de su existencia, mientras la ausencia de respuesta había sido lo habitual. Así también cuando la mujer buscaba alguna mirada entre los pobladores de los Urales y no encontraba nada, se consolaba pensando que los austeros habitantes de esas tierras en realidad tenían miedo de mirarlos, pero que tan pronto llegaran a casa les hablarían en voz baja a sus familiares sobre la pareja custodiada por tres soldados que iba a ser llevada a algún lugar en el norte²³. El consuelo fantaseado de existir para el otro derivaba en el alivio de tener un lugar en el Otro, puesto que cabía la posibilidad de que *hablaran* de ellos. Es claro entonces que lo que así se jugaban era su existencia en el ámbito mismo del lenguaje, donde aún esperaban habitar, contra todas las evidencias que de allí los eliminaban. De modo que la indiferencia no solo afecta los lazos imaginarios al esquivar cualquier atisbo de enganche especular, cualquier esbozo de identificación; también deja al sujeto anonadado, vuelto nada, *nadificado*, porque el Otro donde podría alojarse también se retira. ¿Tengo acaso que recordar los efectos devastadores que para el presidente Schreber tuvo la amenaza constante del retiro de Dios, asunto que atraviesa de manera multiforme sus padecimientos?

SIN DIFERENCIA O EL DECIR ABERRADO

No es extraño entonces que esta innovación del siglo XX haya estado acompañada de un notable reservorio de eufemismos: “Para mantener el secreto, entre otras medidas de precaución, se utilizaban eufemismos cautos y cínicos: no se escribía ‘exterminación’ sino ‘solución final’, no ‘deportación’ sino ‘traslado’, no ‘matanza con gas’ sino ‘tratamiento especial’, etc.”²⁴. A estas púdicas palabras, hay que agregar la designación “Escuadra Especial” [*Sonderkommando*], con la que se nombraba al grupo de deportados que tenían el oficio de conducir a los prisioneros desnudos a las cámaras de gas, lavar los cadáveres para quitar las manchas de ácido cianhídrico, verificar en los orificios de su cuerpo para extraer objetos preciosos escondidos, llevar los despojos a los hornos crematorios, cortar el cabello, limpiar los hornos²⁵... ¡Escuadra Especial! Unos cuantos giros en los usos de la lengua han ayudado siempre a sostener la estratagema del ocultamiento atenuando los hechos que se decide no llamar por su nombre. De esta



23. Mandelstam, *Contra toda esperanza. Memorias*, 99-100.

24. Levi, “Si esto es un hombre”, en *Trilogía de Auschwitz*, 219.

25. Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, (Valencia: Pre-textos, 2000), 24.

26. Para servirnos de un ejemplo cercano, si se llama “falso positivo” al asesinato de un civil indefenso, perpetrado por un militar, este crimen de lesa humanidad queda desvaído tras la artificiosa conexión de los términos que lo definen, la cual llevaría más bien a asociarlo con una falla diagnóstica. En efecto, podría tratarse de un error en el juicio del militar, que lo condujo a equivocar el “diagnóstico”, y a ver en un muchacho de barrio, en un joven campesino o en un lisiado, a un guerrillero, a quien entonces decidió dar de baja en un combate “de película”. Pero en este caso no ocurre como en aquel otro cuando aparece un “falso positivo” en una prueba de hepatitis, situación en la cual el paciente queda vivo y aliviado del temor de padecer la enfermedad, porque el “falso positivo” de los militares ha sido asesinado. Sin embargo, es preciso agregar que la idea del “error diagnóstico” también queda contradicha, en la medida en que se sabe que no fue una práctica excepcional, sino que se trató de un procedimiento que cobró mil doscientas víctimas, solo en el periodo comprendido entre los años 2002 y 2010. En el año 2005, una directiva ministerial ofreció incentivos económicos a los militares que mostraran resultados “positivos”, entendidos en términos del número de guerrilleros abatidos en combate. La presión por mostrar a la opinión pública cifras contundentes sobre la derrota militar de la guerrilla, más la mencionada directiva que disponía otorgar incentivos monetarios, compensatorios y ascensos a los militares que mostraran buenos resultados, según el “*body count*”, tuvo como efecto la promoción de una práctica criminal sistemática y generalizada de ejecuciones extrajudiciales, que hoy sigue siendo llamada con la prudente expresión “falsos positivos”.

manera, el cuidado sagaz de los nombres permite arrojar una pesada cortina sobre los crímenes, que bien pueden ahora camuflarse circulando como si nada, gracias a cautas palabras que, con delicada argucia, apenas si los indicaban: nada que sorprendiera entonces, en razón de la práctica de esta política perversa del uso de la palabra.

Hagamos valer enseguida la composición de la palabra “indiferencia”, “indiferencia”, para cernir otras aristas de este asunto, que aquí ya parecen imponerse. Esta palabra viene del latín *indifferentia* y significa “cualidad de no distinguir”. Como sabemos, la diferencia que nos permite distinguir, oponer y separar, es instalada con la incorporación misma del lenguaje: adentro/afuera, presencia/ausencia, aquí/allá, vida/muerte, en fin, lo que los psicoanalistas designamos, para simplificar, con el par significante S1-S2... Si este principio diferencial es socavado por medio de una sinonimia aberrante, entonces, la vía del decir será mero desvío del real que da su lastre a la palabra²⁶. De donde podemos suponer que la indiferencia no es solo desafección respecto del ya-no-prójimo, sino además, empeño en erradicar la condición diferencial del signifiante constitutiva del lenguaje.

Pero el eufemismo no solo implica un desvío alentado por la pretensión de una sinonimia, que nunca la hay, sino que supone adicionalmente la exclusión de los términos que designarían, de manera propia, las acciones que entre tanto cursan de forma solapada. ¿Cómo es que un individuo, sostenido en la connivencia de un colectivo, decide emprender la tarea de hacerse amo del lenguaje? Eso solo puede suceder en un mundo al revés, organizado a conveniencia. Desaparecer palabras de la lengua, en el ejercicio de una voluntad omnímoda, ¿no es acaso el anticipo de otras desapariciones? Más allá, esta práctica deriva en acciones y omisiones políticas, estas sí bien despejadas de cualquier vacilación²⁷.

Primo Levi dejó observaciones muy inquietantes respecto al uso de la palabra en los campos de concentración, las cuales dan cuenta del despojamiento de la condición humana ejecutada sobre los prisioneros; por ejemplo, para referirse a la acción de comer, se decía “*fressen*”²⁸, que es el término que en alemán se aplica solo a los animales, como si en español dijéramos “tragar”. Había además una jerga nacida en el campo mismo [*Lagerjargon*], surgida de la confluencia de las distintas lenguas de los deportados; no se trataba de una derivación del alemán, sino de significantes o

27. Durante ocho años, el gobierno de Álvaro Uribe afirmó que en Colombia no había guerra ni conflicto armado, sino “amenaza terrorista” de parte de la guerrilla; se servía entonces —como se sirve ahora—, de la retórica

adoptada por el ex presidente de Estados Unidos George W. Bush, una vez ocurrieron los atentados del 11 de septiembre de 2001.

28. Levi, “Los hundidos y los salvados”, en *Trilogía de Auschwitz*, 556.

sinagmas provenientes del polaco, el yiddish, el húngaro... Durante los primeros días de prisión, Levi escuchó destacarse, con insistencia, expresiones que supuso referirse a objetos o acciones fundamentales para la supervivencia en los campos, tales como “trabajo”, “agua” o “pan”; sin embargo, resultó que no era así, pues lo que significaban era “cólera”, “sangre de perro”, “trueno”, “hijueputa” y “jodido”, los tres primeros en función de interjección²⁹. La injuria no solo había sido traducida, lo cual podría orientar respecto de lugar que les había sido asignado, sino que además, el insulto había sido incorporado al acervo de palabras de los prisioneros. Una vez en su haber, esas palabras acompañaban la andanada de impresiones sorprendentes que los acosaban, y de allí extraían expresiones dirigidas a los otros prisioneros.

CRUZAR LA LÍNEA FATAL Y “LA IMAGEN DEL MAL”

Ahora bien, en esa producción siniestra de nada, el efecto de estupor previo al exterminio hace patente que no queda objeción alguna ante el decurso de un propósito criminal en cumplimiento. En tales condiciones, vemos surgir la indiferencia allí donde no la esperábamos: en aquel que está siendo aniquilado, borrado. Es más fácil, desde luego, suponer su sufrimiento, su angustia, su indignación, pero he aquí que una vez alcanzado un “punto de catástrofe”, también él terminará por abandonarse. El nombre del libro de Nadiezhda Mandelstam, *Contra toda esperanza*, señala que no hay atisbo alguno de salida. La escritora cuenta cómo en el instante mismo en que ella pisó el vagón en que iban a ser deportados, el mundo se partió en dos mitades, sin soldadura posible, el pasado se volvió de pronto borroso e irrecuperable y el porvenir quedó desconectado de lo acontecido, había cruzado “la raya fatal”. Señala enseguida el efecto de esa instantánea mutación:

Este cambio, se manifestó, sobre todo, en una *indiferencia absoluta hacia todo cuanto quedó atrás*, ya que sentó la total seguridad de que todos habíamos entrado en la vía de un irremediable exterminio [...] Hacía poco aún estaba llena de inquietud por mis familiares, por todo cuanto amaba, por todo cuanto constituía mi vida. Ahora había desaparecido la inquietud y ya no sentía miedo. Ese sentimiento fue sustituido por la punzante conciencia de que estábamos condenados, y eso originaba *la indiferencia, físicamente tangible, perceptible, terriblemente pesada*. [...] Perdí el miedo a la muerte porque *había entrado en la esfera de la inexistencia*.³⁰

Resulta notable que la indiferencia, como respuesta a lo irremediable, va extendiendo su territorio de sombra sobre las referencias y anclajes que otorgan un lugar: la historia de una vida, sus vínculos afectivos, la existencia propia, el cuerpo

29. *Ibíd.*

30. Mandelstam, *Contra toda esperanza*. *Memorias*, 79-80. La cursiva es mía.

mismo. Respecto de esta última cuota cobrada por la desafección total, llama la atención que esta invada también al cuerpo: se empieza por abandonar a los otros, se culmina por abandonarse. Más adelante, la escritora meditará largamente sobre si era necesario aullar o refugiarse en un silencio altivo ante los verdugos, cuando se es pateado. Decidió que debía aullar:

En ese lastimero aullido que penetra de vez en cuando, y que se ignora de dónde proviene, en los sordos calabozos, casi impenetrables para el sonido, están concentrados los últimos restos de dignidad humana y de fe en la vida. En ese aullido, el hombre deja su huella en la tierra y comunica a los demás cómo ha vivido y cómo ha muerto. Con su aullido defiende su derecho a vivir, envía un mensaje a los que están afuera, exige defensa y ayuda. Si no queda ningún otro recurso hay que aullar. El silencio es un verdadero crimen contra el género humano.³¹

Pero, sucede que aquella tarde que apresaron a los Mandelstam, ella no aulló; en el instante mismo de ingresar al vagón lo había perdido todo, hasta la desesperación. Quizás su libro de memorias haya llegado al lugar del aullido entonces cercenado. En este caso hubo retorno desde ese efecto de devastación, gracias a la recuperación del aullido, signo de que al otro se lo supone estar en algún sitio para que acuda al llamado.

Pasemos ahora a otros casos en los que la indiferencia de la víctima fue inapelable. Habrá que tener presente nuevamente, respecto de los testimonios sobre los *Lager*, una de las advertencias mayores cuando se trata de recorrerlos: sus condiciones no pueden ponderarse desde el marco regular de los intercambios sociales corrientes. Como lo plantea Levi, un prisionero de una cárcel cualquiera puede tener el anhelo romántico de libertad, y de allí sus intentos de oposición, de rebelión, de fuga; un anhelo semejante resultaba prácticamente imposible en el orden férreo de los campos de concentración. La profunda irregularidad reinante excluía cualquier posibilidad de evasión, de sublevación, de objeción; solo restaba la objetivación radical de la víctima, quien llegaba en vida a identificarse con el más radical de los objetos: inada!, inada de nada! Si acaso, solo portaba la máscara previa de la inmundicia, del objeto execrable. Llegamos así a la presencia de la figura que, según Primo Levi³², encarna el mal engendrado en el siglo que pasó y que, al parecer, no termina de pasar: el musulmán [*Muselmann*].

Este término fue utilizado en todos los campos de concentración, para referirse a los prisioneros exhaustos, extenuados, próximos a la muerte³³; los hundidos, que son los testigos integrales y a la vez imposibles, por haber visto de frente a la muerte, pero también por haber sido silenciados, eliminados:

31. *Ibíd.*, 80, 81.

32. Levi, "Si esto es un hombre", en *Trilogía de Auschwitz*, 121.

33. Levi, "Los hundidos y los salvados", en *Trilogía de Auschwitz*, 555.

Quien lo ha hecho, quien ha visto la Gorgona, no ha vuelto para contarlo, o ha vuelto mudo; son ellos los “musulmanes”, los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general. [...] La demolición terminada, la obra cumplida, no hay nadie que la haya contado, como no hay nadie que haya vuelto para contar su muerte. Los hundidos, aunque hubiesen tenido papel y pluma no hubieran escrito su testimonio porque su verdadera muerte había empezado ya antes de su muerte corporal. Semanas y meses antes de extinguirse habían perdido ya el poder de observar, de recordar de reflexionar y de expresarse. Nosotros hablamos por ellos, por delegación.³⁴

Antes de su aniquilación, despojados, expuestos en vida desnuda, ya hacían parte del reino de los muertos y dejaban, a quienes habrían de testimoniar por ellos, las pruebas de esa identificación mortífera que los consumía: no hablaban, no miraban, no sentían dolor. Wiesel también se refiere a los “musulmanes” y ve en ellos la figura más trágica entre los prisioneros de los campos:

Envueltos en su mantas raídas, mirando fijamente con la mirada perdida en el espacio, inconscientes de quiénes eran o dónde estaban, extraños para quienes les rodeaban. No sentían el dolor, el hambre, la sed. No temían nada. Estaban muertos y no lo sabían.³⁵

Así que la indiferencia es cosa distinta para el tercero que hizo “como si no...” y para aquel otro sobre el cual recayó el juicio que lo suprimió de la existencia: en este encarnará la desafección, el silencio, la abolición subjetiva. El cuerpo acabado, famélico, pero sin hambre: una casa en ruinas y sin habitante. “La carencia definitiva de sufrimiento, la aceptación del eclipse de la palabra, era un síntoma fatal: señalaba que la indiferencia definitiva se estaba aproximando”³⁶. Ese síntoma no era, entonces, mera proximidad a la muerte que ocurriría en cualquier momento, sino la manifestación de que la muerte avanzaba y tendía su sombra sobre ese ser reducido a cuerpo desierto.

DEJAR DE PRODUCIR NADA POR UN INSTANTE

Llegados a este punto, nos encontramos con la sorprendente situación en que la sentencia anonadante “¡No eres nada!” puede hacerse escuchar en vínculos que no están congelados en la díada omnipotencia insensata e indefensión absoluta. Ese que sería prójimo, por estar aparentemente en condiciones similares, puede, sin embargo, quedar desvanecido, al no tener arraigo alguno es su acompañante. En *Si esto es un hombre* hay un capítulo llamado “Krauss” que nos conduce a otra arista de la cuestión que venimos explorando. La memoria fundamental que tiene Levi de su encuentro con



34. *Ibíd.*, 542.

35. Wiesel, “¿Qué es la indiferencia?”, en *Los discursos del poder*, 235.

36. *Ibíd.*, 558.

este singular hombre consiste en la narración de un episodio de su vida de trabajos forzados en Auschwitz. Cuatro hombres, entre los que están Krauss y Levi, en una cadena de trabajo, sacan tierra a paladas del fondo de un agujero fangoso, pasándola de uno a otro para hacer una pila que se llevarán en carretilla no se sabe a dónde. Krauss yerra el blanco y le arroja un montón de tierra a Levi, quien le pide tener más cuidado, pues no era la primera vez que el húngaro cometía torpezas. Este hombre trabajaba con vigor, con firme voluntad de hacer bien la tarea, podía matarse de cansancio, un hombre que duraría poco tiempo con vida, pues ignoraba que allí se debía ahorrar fuerzas, ir lento, sin esos ímpetus con que él acometía las labores que le eran impuestas. Luego, un *Kapo* los lleva a otro lugar, y Krauss, que no sabe marchar alineado, se gana un puntapié correctivo. Mientras avanzan, el húngaro se dirige a Levi, en un pésimo alemán, para pedirle disculpas por la palada de barro, como si aún no se hubiera enterado en dónde estaban! De pronto, en un alemán pausado, asegurándose de que Krauss entendiera cada frase, Levi le cuenta que había soñado con él: Levi estaba en Nápoles con su familia, había mucha comida y, de improviso, sonaba el timbre y se encontraba con la alegre sorpresa de ver allí a su amigo, gordo, limpio, bien trajeado y, con una hogaza en la mano. Levi le explicaba a sus familiares por qué su amigo Krauss estaba mojado; le daba de comer, de beber, y también una buena cama para dormir. La maravillosa tibieza del ambiente hacía que, como por arte de magia, todos estuvieran secos. La narración del sueño despierta en Krauss un torrente de palabras magiarias que Levi no entiende, pero donde con seguridad, el extraño hombre hace juramentos para el porvenir. El capítulo “Krauss” termina con estas palabras:

Pobre tonto de Krauss. Si supiese que no es verdad, que *no he soñado nada de él, que para mí tampoco él es nada, sino durante un instante, nada como todo es nada aquí abajo, salvo el hambre dentro y el frío y la lluvia alrededor.*³⁷

Quizá la muerte próxima de Krauss, que adivina Levi con solo mirarlo un breve instante, excluye a ese hombre del círculo de sus cercanos. Su estupidez respecto de las leyes insensatas del campo, lo volvió una nada en la mirada augur del químico, quien para ese momento ya tenía conocimientos de cómo sobrevivir en esa fábrica letal: economizando aliento, movimientos e incluso pensamientos³⁸. Quizás aquí Levi deja testimonio del breve instante en que este hombre dejó de ser nada para él: en ese destello, pronto desvanecido, le inventó un sueño de niños, que desató a borbotones un entusiasmo vuelto retahíla estrambótica de palabras. La cuestión que aquí se plantea es la de ese vínculo fugitivo, episódico, con el otro; el esbozo de un lazo, donde antes todo era nada, conexión que sin embargo desaparece tragada rápidamente por los “apremios de la vida”.

37. Levi, “Si esto es un hombre”, en *Trilogía de Auschwitz*, 170. La cursiva es mía.

38. *Ibíd.*, 167.

Muchos entonces fueron menos que sombra en la vida de los otros, muchos fueron como nada en la memoria, muchos desvanecidos de la densa red de la historia. ¿Será acaso posible abrir un hueco en la superficie uniforme y seca de la indiferencia?, ¿un agujero que trace el registro, que horade el recio muro, para dejar la huella de tantas ausencias? ¿O será que solo resultan posibles unos pocos y efímeros contactos, alivio de impotentes en situación de connivencia? Con estas preguntas podríamos detener esta indagación, pero es preciso proseguir... Aún resta por decir, con todo y la dificultad de responder.

De nuevo, en *Los hundidos y los salvados*, Levi indaga sobre la falta de proporción entre la piedad y la amplitud del dolor que la provoca:

Una sola Anna Frank despierta más emoción que los millares que como ella sufrieron, pero cuya imagen ha quedado en la sombra. Tal vez deba ser así; pues si pudiésemos yuviésemos que experimentar los sufrimientos de todo el mundo no podríamos vivir. Puede que solo a los santos les esté concedido el terrible don de la compasión con mucha gente; a los sepultureros, a los de la Escuadra Especial y a nosotros mismos no nos queda, en el mejor de los casos, sino la compasión intermitente dirigida a individuos singulares, al *Mitmensch*, al prójimo: al ser humano que tenemos ante nosotros, al alcance de nuestros sentimientos.³⁹

Estas últimas observaciones nos orientan a distinguir las condiciones concernientes tanto al sujeto como a la situación del discurso que determinan este singular estado de cosas. En relación con las primeras, en principio podemos suponer que es la estructura de la identificación especular la que permite ponerse en el lugar del otro, y así producir los efectos de empatía, simpatía y compasión. Vale la pena evocar que este último término viene del latín (*cumpassio*) y es la traducción de la palabra griega para simpatía (*συμπάθεια*); “compasión” entonces significa literalmente “sufrir juntos”. Seguramente lo que enseguida tenemos que discernir es la cuestión del semejante que puede moverme en tal dirección: solo el muy próximo, el muy parecido, dicho de otra manera, aquel que podría ser yo, estaría en condiciones de suscitar tal afecto. Así, la compasión supone, por estructura, un elemento egoísta, pues se trata de auxiliar e intentar recomponer a ese *otro que podría ser yo*. De modo correlativo, ciertas acciones suscitadas por la compasión, que pueden manifestarse en obras cristianas de caridad, no logran deslastrarse de la raigambre yoica que las sustenta; en este caso, con la mediación de la ostentación contundente y soterrada de su envés agresivo. Entonces, la encomiada virtud teologal puede llegar a sostener la pretensión unitaria del yo, por ejemplo, cuando se arroja una limosna a quien se halla de manera evidente despojado de cualquier bien. La acción implica, de inmediato, para quien la realiza, la seguridad

39. Levi, “Los hundidos y los salvados”, en *Trilogía de Auschwitz*, 516.

de su magnificencia ante el desprovisto. Al respecto, hay que recordar la formulación de Lacan en “La agresividad en psicoanálisis”: “Soy un hombre, lo cual en su pleno valor no puede querer decir otra cosa que esto: ‘Soy semejante a aquel a quien, al reconocerlo como hombre, fundo para reconocerme como tal’”⁴⁰. Ahora bien, este puro juego de espejos contiene el germen de la supresión de la alteridad, pues solo se ayuda al que se considera semejante, o se agrede a quien representa una amenaza para la unidad del yo. Quizás entonces haya algo distinto a arrojar limosnas o poner cara de acontecimiento cuando se tiene noticia de los horrores de la vida colectiva. Estos inanes gestos hacen más que evidente el propósito de hacerlos desaparecer, para que se engullan en el momento mismo de su manifestación. De modo que más allá de los lazos especulares, el reconocimiento de la alteridad crea las condiciones mismas de posibilidad para la existencia humana. Para volver a la referencia de Levi, lo que es preciso subrayar es que la compasión es despertada solo por unos pocos y durante un breve instante, que termina por tener el valor de un minuto de silencio, en el cual con rápido gesto se despide de aquel que de inmediato caerá en el olvido.

Decía anteriormente que el hecho de que solo se acepte como prójimo al que está muy cerca tiene una determinación discursiva que conviene considerar, pues este es un elemento ligado al establecimiento de los Estados democráticos. Voy a traer al respecto algunas reveladoras indicaciones del vizconde Alexis de Tocqueville, que aparecen en su libro *La democracia en América*, escrito después de haber conocido los Estados Unidos en cumplimiento de una misión oficial para el gobierno francés, con el fin de estudiar el sistema penitenciario de esa nación. De la visita también quedó algo más que dicho estudio, pues dio impulso a la publicación, en dos volúmenes —que datan de 1835 y 1840— de sus análisis político y sociológico de la democracia representativa republicana. Para nuestro propósito, destacaré las consideraciones del jurista sobre el individualismo en los países democráticos. Plantea el autor que esta forma de organización política hizo aparecer el individualismo, pues antes solo se conocía el egoísmo que:

Es el amor apasionado y exagerado de sí mismo, que conduce al hombre a no referir nada sino a él solo y a preferirse a todo. El individualismo [en cambio] es un sentimiento pacífico y reflexivo que predispone a cada ciudadano a separarse de la masa de sus semejantes, a retirarse en un paraje aislado, con su familia y sus amigos; de suerte que después de haberse creado así una pequeña sociedad a su modo, abandona con gusto a la grande [...] En los siglos democráticos [...] los deberes de cada individuo con la especie son más evidentes, la devoción hacia un hombre viene a ser más rara y el vínculo de los afectos humanos se extiende y se afloja.⁴¹

40. Jacques Lacan, “La agresividad en psicoanálisis”, en *Escritos 1* (México: Siglo XXI, 1990), 110.

41. Alexis de Tocqueville, “El individualismo en los países democráticos”, en *La democracia en América* (México: Fondo de Cultura Económica, 1957), 521-522.

El vizconde compara ese estado de cosas con el tipo de vínculo dominante en las sociedades aristocráticas, en las cuales el lazo con los ascendientes y descendientes imponía deberes e implicaba sacrificios a los goces personales, del mismo modo que creaba fuertes vínculos con muchos conciudadanos, pues los hombres que vivían en tales condiciones “siempre estaban ligados a alguna cosa fuera de ellos”⁴². El hecho de que en la democracia solo interesen los inmediatos liquida la deuda con los otros, corre los límites al goce impuestos en favor de dar continuidad a la cadena de las generaciones y produce la creencia en la autonomía:

No deben *nada a nadie*; no esperan por así decirlo *nada de nadie*; se habitúan a considerarse siempre aisladamente y se figuran que su destino está en sus manos. Así la democracia no solo hace olvidar a cada hombre a sus abuelos; además lo oculta de sus descendientes y lo separa de sus contemporáneos.⁴³

En esta descripción se trata del individuo que es isla, y que se sostiene de sí.

Tenemos entonces que el individualismo podría ser el telón de fondo de la indiferencia, pero nos queda la impresión de que este constituye un marco aún muy amplio para cernir de modo más preciso la cuestión que nos ocupa. Hay que apretar el nudo para intentar ceñir más estrechamente este asunto que tanto nos inquieta. Que cada quien se ocupe solo de sí y de sus satisfacciones implica un desanudamiento del lazo, pero ello todavía no da cuenta de una manera más puntual de la indiferencia generalizada ante el asesinato, ante las matanzas en masa, que ahora van en dirección de abrazar la meta siniestra del crimen perfecto, singular novedad de los tiempos que corren. A estas alturas, vamos notando que desentrañar la compleja red, en la que se halla inserta la indiferencia, puede dar lugar a más amplias indagaciones; de modo que las indicaciones recién expuestas quedarán a título de un antecedente importante, pero no suficiente, para localizar la cuestión que motiva estas articulaciones. Conviene recordar que el propósito de seguir esta pista apareció cuando en nuestra exploración resultó preciso examinar las condiciones de mutación discursiva, en cuyo seno se engendra la indiferencia. Vamos entonces a situar una última vuelta posible —en el reducido espacio de un artículo— que orientaré en la dirección recién indicada.

EL PLUS DE PRODUCIR NADA

Que Claude Lanzmann, en *Shoah* (1985), haya presentado los complejos industriales alemanes al lado de las praderas desoladas donde antes se emplazaban los campos de concentración señala bien el carácter industrial de las matanzas. Como en una fábrica, donde los procesos de producción son rigurosamente cuidados, para asegurar que



42. *Ibíd.*, 522.

43. *Ibíd.* La cursiva es mía.

la maquinaria no se detenga y con ello optimizar las ganancias, de modo equivalente los procesos de transporte, descargue y tratamiento de los prisioneros estaban bien contabilizados para evitar atropellar los engranajes. Esta comunidad entre la fábrica y los “campos de trabajo”, como se denominó de manera eufemística a los “campos de concentración” —otro cínico desvío en el decir!—, pone el acento en el ritmo de la máquina que opera a toda marcha, para que, al compás de su regularidad machacona se garantice el cumplimiento de los procesos, en los tiempos estipulados. Los inquietantes testimonios de oficiales alemanes recogidos por Lanzmann entregan pieza por pieza los detalles de esta terrible producción. Podríamos decir que la operación redituaba en términos de la realización del proyecto político nazi. Pero, el asunto no se detiene allí, pues la conexión entre los campos de concentración y este recinto caro al capitalismo que es la fábrica tuvo un sólido pegamento. Ya se sabe que el universo *concentracionario* no era un espacio cerrado, pues tenía fuertes vínculos con los dueños del gran capital, quienes lograron lucrarse, sin gasto, con el trabajo esclavo conseguido en los campos de concentración. Siemens, BMW, Bayer, Heinkel, Allianz, BASF, Volkswagen y otras varias empresas, además de bancos que fueron previamente “bien” comprados a sus propietarios judíos —esto es, por sumas nimias— dieron sólido basamento al proyecto nazi, a la vez que obtuvieron ganancias astronómicas con su participación. Así, podemos decir que tanto se *producía nada como se ganaba mucho*. De allí que respecto de la dimensión anonadante de la indiferencia, siempre haya necesidad de preguntarse: ¿dónde está la ganancia?, “¿Dónde está la bolita?”, pues siempre, elusiva, es movida de un lado a otro sin que nos percatemos de ello.

Un interesante artículo de Alejandro Tietelbaum presenta numerosos elementos para situar la participación de las grandes empresas, no solo alemanas, en el mal llamado “holocausto”. De allí destaco un dato: el connotado pionero norteamericano Henry Ford se adelantó a industriales y banqueros alemanes en apoyar el proyecto nazi, pues financió al partido, desde 1922. Por su decisiva contribución al régimen fue condecorado por Hitler en 1938; una de las principales enseñanzas que había obtenido el *Führer* del potentado estadounidense había sido la maravilla del trabajo en cadena, que él a su vez había aprendido al observar la operación de los mataderos en Chicago.

Así se cierra simbólicamente el círculo. Como dice un personaje de *La vida de los animales* de J. M. Coetzee: “Chicago nos mostró el camino: fue de los corrales para animales de Chicago de donde los nazis aprendieron cómo procesar los cuerpos”.⁴⁴

Es preciso decir que las cuidadosas reconstrucciones históricas sobre la confluencia de los factores diversos que culminaron en la *Shoah* arrojan luces decisivas sobre este terrible acontecimiento, pero a la vez no logran reducirlo a un encadenamiento de

44. Alejandro Tietelbaum, “El Holocausto y las grandes empresas”, *Le monde diplomatique* 69 (2005): 28-29.

acontecieres dispuestos en una tersa solución. No podemos cernir aún la dimensión de la atrocidad, y quizá por ello lo que vio la luz con la creación anómala de los *Lager* dista de haber sido clausurado; más bien —o más mal—, parece no cesar de irradiar su halo funesto sobre los modos, tiempos y lugares en que aún habitamos. Un grupo de gente hacinada, esclavos-prisioneros despojados de todo, confinados a su mismo lugar de trabajo, empujados hasta la extenuación y la muerte, para garantizar la obtención del mayor plus a corporaciones multinacionales. ¿No son acaso esas las condiciones oprobiosas en que sobreviven y mueren un sinnúmero de trabajadores en las maquilas sembradas, sobre todo, en los países del hemisferio sur del planeta? Y también, en un registro semejante habrá que situar el campo de concentración de Guantánamo, donde los prisioneros permanecen detenidos, durante tiempo indefinido, sin cargos ni posibilidad de defensa. Considerados “enemigos ilegales” de los Estados Unidos no tienen el trato de prisioneros de guerra, por tanto no quedan amparados por la Convención de Ginebra y, como además están fuera del territorio estadounidense, quedan desprovistos de la presunción de inocencia y del derecho a un juicio... En la misma línea, está el juzgamiento de civiles en cortes marciales, como sucedió en Colombia en los años setenta, cuando el gobierno trataba de frenar protestas. Aunque en estos dos últimos casos, en un primer vistazo, el plus percibido no resulte discernible de inmediato, podemos decir ya que hay inventos siniestros que perduran y disposiciones que producen las condiciones de excepción jurídica para sostenerlos.

Con este último aspecto arribamos, finalmente, al problema de la estructura política y jurídica que da lugar a estos acontecimientos. Giorgio Agamben en “¿Qué es un campo?” plantea que “un campo es el espacio que se abre cuando el estado de excepción comienza a devenir regla”⁴⁵. La génesis del campo entonces está en que el estado de excepción, que suspende por un tiempo el ordenamiento jurídico —que garantizaría la seguridad del Estado—, pasa de ser temporal a volverse permanente y estable. Así, el campo mismo es un espacio de indistinción entre adentro y afuera, excepción y regla, licitud e ilicitud, donde se reduce al máximo cualquier protección jurídica... ¿No evocan acaso estos tránsitos, sin distinción ni oposición, la falta de diferencia, la in-diferencia, a la que arriba nos hemos referido cuando señalábamos el socavamiento de un principio regulador que opone, distingue y separa? El filósofo italiano prosigue sus elaboraciones señalando la reducción a que se ven empujados los habitantes del campo: vida desnuda, pura vida biológica, entonces vida desprovista de su condición política. Recordemos brevemente el episodio que narra Levi sobre lo acontecido con Krauss, donde es patente la disolución del lazo social por la reducción del prisionero del campo a puro cuerpo escarnecido, urgido, carne desinvertida; al final, aquel húngaro era nada para Levi, como todo era nada en Auschwitz, salvo el

45. Giorgio Agamben, “¿Qué es un campo?”, trad. Flavia Costa, *Artefacto 2*, Pensamiento sobre la técnica, (1998).

hambre, el frío y la lluvia... Con Agamben, es posible entonces reformular la pregunta que habitualmente se plantea respecto de lo acontecido en los campos, pues ya no se trataría de interrogar cómo fue posible cometer delitos tan atroces sobre seres humanos, sino cuáles fueron los procedimientos jurídicos y los dispositivos políticos que los despojaron de manera integral de sus derechos, al punto de que ningún acto en su contra se considerara como un delito. En esta privación de todos los derechos hallamos la condición misma de su desaparición, de su *nadificación*. La cuestión más inquietante de las articulaciones que presenta Agamben es que el campo de concentración no es una estructura ya fenecida, asunto del pasado, sino que es la matriz oculta de la política que aún habitamos. De donde se trataría de reconocer sus manifestaciones en los espacios donde la vida social y la vida desnuda ingresan en una zona de total indeterminación, indistinción, *in-diferencia*... Cuáles son las astucias y argucias de esta maquinaria letal, será el asunto a reconocer y descifrar en los recodos más diversos, y en ocasiones inesperados, de nuestra vida colectiva.

En Colombia, el estado de excepción se volvió un recurso ordinario para los gobernantes desde 1949 hasta 1991. El estatuto de seguridad, vigente entre 1978 y 1982, que estuvo destinado a frenar el avance de la insurgencia, también condenó la protesta callejera y condujo a graves violaciones de los derechos humanos. Por aquel entonces, en tribunales militares, se procedió a juzgar a civiles en consejos verbales de guerra. Más recientemente, durante el gobierno de la “seguridad democrática”, la indistinción, vale decir, la falta de diferencia entre civiles y combatientes, permitió crear el programa de redes de informantes. Con la incorporación irregular de civiles a las labores de vigilancia y control social tuvo nacimiento el paramilitarismo. El despojo de las tierras de los campesinos ejecutado por grupos de paramilitares y concebido por bien embozados “empresarios del campo” fue seguido por la implementación de vastos y prósperos proyectos productivos; la propiedad de la tierra, malamente habida, quedó “legalizada” a nombre de cabezas y cabecillas de los crímenes. La urgencia de presentar cifras del triunfo militar contra la guerrilla condujo a que, en una práctica programada y generalizada, muchos miembros del ejército asesinaran a civiles indefensos y los presentaran como bajas en combate. Estos crímenes de lesa humanidad fueron presentados a la opinión pública con el eufemismo de “falsos positivos”... La lista es larga y puede extenderse. *Lo sabemos*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, GIORGIO. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-textos, 2000.
- AGAMBEN, GIORGIO. “¿Qué es un campo?”. Traducido por Flavia Costa. *Artefacto 2, Pensamiento sobre la técnica*, (1998): 12-16.
- BATAILLE, LAURENCE. *El ombligo del sueño. De una práctica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- CHAUMON, FRANCK. “El grito”. *Essaim, Revue de Psychanalyse* 6, Détoirs de la transmission, (2000): 55-75.
- DE TOCQUEVILLE, ALEXIS. “El individualismo en los países democráticos”. En *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- FREUD, SIGMUND. “Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad)” (1896). En *Obras completas*. Vol. I. Amorrortu: Buenos Aires, 2001.
- KERTÉSZ, IMRE. *Un instante de silencio en el paredón. El holocausto como cultura*. Barcelona: Herder, 2002.
- LACAN, JACQUES. “La agresividad en psicoanálisis”. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI, 1990.
- LANZMANN, CLAUDE. *Shoah*. París: 1985.
- LEVI, PRIMO. “La tregua”. En *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Océano, 2011.
- LEVI, PRIMO. “Los hundidos y los salvados”. En *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Océano, 2011.
- LEVI, PRIMO. “Si esto es un hombre”. En *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Océano, 2011.
- MANDELSTAM, NADIEZHDA. *Contra toda esperanza. Memorias*. Barcelona: Acantilado, 2012.
- WAJCMAN, GÉRARD. *Lacan: el escrito, la imagen*. México: Siglo XXI Editores, 2001.
- WAJCMAN, GÉRARD. *El objeto del siglo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2011.
- WIESEL, ELIE. “¿Qué es la indiferencia?”. En *Los discursos del poder*. Barcelona: Belacqva de ediciones y publicaciones S. L., 2003.
- TIETELBAUM, ALEJANDRO. “El Holocausto y las grandes empresas”. *Le monde diplomatique* 69 (2005): 28-29.



